

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.1990.4.968>

Elisabeth de FONTENAY, *Diderot ou le matérialisme enchanté*. Paris, Grasset & Fasquelle, 1981.\*

Elisabeth de Fontenay es connotada profesora de filosofía en la Sorbona. Al principio de su texto, nos expone los motivos que la hicieron preferir a Diderot, en vez de a Voltaire. El libro que nos ocupa es además producto de las reflexiones suscitadas a partir de una aventura teatral en torno a Diderot.

*Diderot o el materialismo encantado* consta de treinta ensayos que, si bien pueden leerse separadamente, se enlazan en un movimiento

\* El Fondo de Cultura Económica proyecta publicar en 1986 la edición de este libro en español.

ritmado, de tal manera que su lectura en el orden elegido por Fontenay sugiere que la música funge como ordenadora y clave, tanto de su texto como de la obra de Diderot. En estos ensayos, Diderot es considerado con un apasionamiento lúcido, que no impide señalar cuáles son sus fallas y, sobre todo, sus muchas contradicciones. Nos encontramos, pues, en presencia de un Diderot excéntrico.

Para Fontenay la obra de Diderot se caracteriza por su fragmentación, lo cual hace posible que en ella “quepa de todo”, pero también la vuelve confusa, errática y repetitiva. Sin embargo, precisamente por eso, la autora no trata —como siempre lo ha hecho la exégesis tradicional— de buscarle una unidad forzada. Más bien le interesa dilucidar el extraño destino de Diderot en la tradición intelectual francesa.

Al respetar el fraccionamiento y la dispersión diderotianas, Fontenay prevé el hecho de caer ella en lo mismo. No obstante, creemos que, en la medida en que Diderot actuaba en contra de la linealidad del discurso, ella fácilmente imita sus rupturas e incluso su estilo. Además, expresamente nos aclara que las contradicciones y repeticiones pueden adquirir la virtud, como en Diderot, de convertirse en una “estrategia de transgresión para subvertir el orden” y actuar enérgicamente en contra de “los falsos universalismos y las falsas apariencias”. En ese sentido asume la tarea de denunciar los intentos de recuperación ideológica que se han querido hacer con Diderot, y explicar el papel que ha desempeñado esta “figura tan molesta” en la historia de la filosofía.

En diversas comparaciones, que en ocasiones llegan a ser divertidas, entre Diderot y otros autores (Nietzsche, Voltaire, Sade, Hegel, Rousseau, etcétera), la autora los opone radicalmente o los enlaza en insólitas coincidencias: por ejemplo, la que hace entre Barbey y Diderot. Barbey d’Aureville destestaba a Diderot pero, como éste, “decía cualquier cosa”. Así, gracias a su apasionado rechazo, consiguió llegar al meollo de la obra de Diderot, comparándolo con Safo y convirtiéndolo así en un “filósofo adornado con una lira”. Al pretender, además, demoler críticamente a Diderot, declarando que en “filosofía no es nadie”, Barbey vuelve a dar en el clavo, pues según Fontenay tal declaración equivale a afirmar que en filosofía “es todo”, es decir, piensa en el pensamiento de los otros, en una “práctica corrosiva” en la que todo se mezcla para tratar de “agotar todas las posibilidades de investigación y de expresión”. Sin embargo, todos aquellos movimientos contrarios y encontrados no se invalidan, pues —así lo declara la autora— Diderot, al ponerle música a la filosofía, hace que “razone y resuene”.

Por otra parte, según Fontenay, ese “arte explosivo de la confusión” tal vez sea “la única alternativa contra la barbarie” ya que, en la típica confusión diderotiana, se mezclan indiscriminadamente todos los problemas que nos atañen: de física, de moral y de política.

Al comparar la indiscreción de Diderot y la de Rousseau —indiscreción exhibicionista de la pura interioridad—, y ritmarla con la obsesión de Nietzsche por no develar los secretos de la naturaleza, resalta la diferencia de actitudes de estos autores frente al mundo. La indiscreción diderotiana —dispersión del sujeto— equivale a la divulgación de ideas, a querer compartir lo que se sabe, ideal de los Enciclopedistas y acción abiertamente política, puesto que nada que esté oculto debe permanecer secreto. Lo misterioso (pensemos, por ejemplo, en las jergas esotéricas de ciertas teorías) es el punto de partida de todo tipo de sometimiento. Al respecto, Michelet supo percibir la resistencia de Diderot frente al totalitarismo y el centralismo.

Una de las constantes notables que Fontenay encuentra en Diderot es la defensa de la diferencia, el derecho a la desigualdad —contrapuesto al terrorismo de la igualdad—, lo que hace de él un autor no racista, a diferencia de otros de su siglo. La desigualdad se observa más claramente en los seres marginales, sobre todo en aquellos que logran expresarse a través del paroxismo: la abadesa de *La religiosa* o el sobrino de Rameau, o los seres monstruosos...

Y es particularmente en los monstruos, tan notables por su diferencia, que no se sabe dónde está el alma; Diderot, al no entender en qué consiste eso, se burla de semejante noción y en sus seres monstruosos sitúa la pretendida alma, tanto en los pies como en el estómago, el sexo o la matriz, e incluso llega a insinuar que puede existir un alma en cada uno de los sentidos. Recordemos que, para Diderot, no tiene que haber primacía de un sentido respecto a otro, aunque sus simpatías personales lo lleven a preferir el del tacto, al que llama el “sentido del abrazo, del enlace”.

En Diderot también hay una obsesión por el ser femenino, y de allí la incesante presencia de la mujer en muchos de estos ensayos. No obstante, la mujer en Diderot es considerada desde el punto de vista de un hombre que ama profundamente a las mujeres, y no del moralista o del sabio; además, ese amante que también es ateo y pretende llegar a ser virtuoso, ha reflexionado acerca de la propiedad: sabe pues, perfectamente, que el ser de una persona difiere radicalmente del ser de una cosa. Por eso mismo, en relación a la mujer, Diderot varía su estrategia libertaria, lo que nos aclara las diferentes

teorías que ha expuesto acerca de ella: igualdad absoluta de los sexos en *El sueño de d'Alembert*—que nos proporciona una buena arma en contra de la idea de mujer sumisa por naturaleza que tenía Rousseau—, y diferencia fundamental en la Enciclopedia debido a su monstruosidad, la matriz, fuente de su genialidad y de sus manifestaciones patológicas.

Así, muchas figuras femeninas desfilan por estos ensayos: las ficticias, como Susana, la madre superiora, o la sultana del Occomoro, y las de la vida real, como Catalina de Rusia —aunque ésta sea presentada a través de la ficción de Sacher-Masoch—, su amante real Sophie o su pupila Madeleine Jodin. Esta última conduce a Diderot a una de sus más flagrantes contradicciones, al mantener con ella una relación moralizante por ser prostituta y comediente; ella, posteriormente, se convertirá en la autora de unos sorprendentes *Puntos de vista legislativos sobre las mujeres*.

El tema de la mujer se enlaza estrechamente con el de la opresión; por eso, entre las comparaciones que Fontenay hace, se encuentra una que nos parece fundamental —incluso para entender todo el siglo XVIII—, entre Sade y Diderot, que además da a la autora la “oportunidad de mandar a paseo al Divino marqués, sin caer en la necesidad moralizante”. Diderot y Sade: contemporáneos, ateos, materialistas y con similar educación; sin embargo, a Diderot lo que le importa es inventar la libertad, liberar para la ternura; por eso creemos que una de sus consignas podría ser “gozar sin dañar”.

Por otra parte se dejan escuchar las voces de los hombres —el ciego de nacimiento, el ateo, el escéptico, etcétera— que expresan de manera más explícita las inquietudes de Diderot: la virtud, el ateísmo, la ilegitimidad del colonialismo, las relaciones entre poder y saber, y entre nacer y tener, el problema de la sensibilidad, etcétera. Estos temas se prestan a variaciones propias de la autora, por ejemplo, en torno al colonialismo, al papel del chiste en la cultura, a la actitud del artista que carece de lo necesario. Así, alrededor del candente tema del colonialismo, con un conmovedor apasionamiento de tinte feminista, nos cuenta, a su manera, la historia de la mujer hotentota, la ridículamente llamada por su esteotipia “Venus hotentota”.

Otra variación de Fontenay sería la nueva lectura que nos ofrece de *El sobrino de Rameau*, a partir de la de Hegel, debidamente cuestionada. Esta nueva lectura, eminentemente musical, hace comprender al lector el porqué de los ecos que Diderot suscitó en Alemania. Y la música, siempre la música, pues es un asunto que concierne a la sensibilidad, lleva a Diderot a proponer el sorprendente símil del hombre

con un clavecín, lo que permite a Fontenay arremeter nuevamente en contra de las superficiales lecturas que han hecho algunos marxistas de la obra de Diderot. Se dilucida entonces que es la unión entre filosofía y música lo que hace del materialismo de Diderot un “materialismo encantado”, pues, como también lo declara un marxista que fue muy atacado por la ortodoxia, Diderot posee un “fondo lírico inalienable”.

Al finalizar el texto, una variación más, en el sentido musical, pero ahora en torno de los relatos de *La leyenda dorada*, nos presenta la ejemplar muerte del filósofo.

Todos los temas contenidos en los ensayos que nos ocupan, además de estar escritos de manera ágil y amena, logran un acercamiento sorprendente a la obra de Diderot.

Angelina MARTÍN DEL CAMPO  
Universidad Nacional Autónoma de México